



Seix Barral Biblioteca Formentor

George Saunders

Lincoln en el Bardo

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Lincoln in the Bardo*

© 2017, George Saunders

Publicado de acuerdo con Random House, una división de Penguin
Random House LLC.

© 2018, Traducción: Javier Calvo

© 2018, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial SEIX BARRAL M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Diseño de portada: Planeta Arte & Diseño

Fotografía del autor: © David Crosby

Primera edición impresa en España: abril de 2018

ISBN: 978-84-322-3359-3

Primera edición en formato epub en México: mayo de 2018

ISBN: 978-607-07-4892-9

Primera edición impresa en México: mayo de 2018

ISBN: 978-607-07-4865-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

Para Caitlin y Alena

UNO

I

El día que nos casamos yo tenía cuarenta y seis años y ella dieciocho. Vale, ya sé lo que están pensando ustedes: hombre mayor (no precisamente flaco, un poco calvo, cojo de una pierna y con dientes de madera) ejerce su prerrogativa marital para horror de la pobre jovencita...

Pero eso es falso.

Eso es exactamente lo que me negué a hacer, fíjense.

En nuestra noche de bodas subí las escaleras dando zapatazos, con la cara ruborizada por el vino y los bailes, y me la encontré ataviada con una prenda vaporosa que una tía suya le había obligado a ponerse, con un cuello de seda que le ondeaba un poco al compás de sus temblores. Y no fui capaz de hacerlo.

Me dirigí a ella en voz baja y le abrí mi corazón: ella era hermosa; yo, viejo, feo y gastado; la nuestra era una unión extraña, no tenía sus raíces en el amor sino en la conveniencia: su padre era pobre y su madre estaba enferma. Por eso ella estaba aquí. Yo era perfectamente consciente de ello. Y ni se me ocurriría tocarla, le dije, mientras viera su miedo y... la palabra que usé fue *aversión*.

Ella me aseguró que no sentía *aversión*, aunque yo

pude ver que la mentira le distorsionaba la cara (pálida, ruborizada).

Le propuse que fuéramos... amigos. Y que de puertas afuera nos comportáramos, a todos los efectos, como si hubiéramos consumado nuestro matrimonio. Tenía que sentirse relajada y feliz en mi casa y esforzarse por convertirla en suya. Y yo no esperaba más de ella.

Y así fue como vivimos. Nos hicimos amigos. Muy amigos. Y nada más. Aun así, ya era mucho. Nos reíamos juntos y tomábamos decisiones sobre la casa; me ayudaba a ser más considerado con el servicio y a hablarles con menos brusquedad. Tenía buen gusto y se las apañó para remodelar con éxito las habitaciones a una fracción del precio previsto. Ver su alegría cuando yo llegaba a casa o encontrármela apoyada en mí mientras discutíamos alguna cuestión doméstica eran cosas que mejoraban mi vida de formas que no puedo explicar adecuadamente. Yo había sido feliz en el pasado, bastante feliz, pero ahora me sorprendía a menudo a mí mismo entonando una plegaria espontánea que decía simplemente: «ella está aquí, ella sigue aquí». Era como si un torrente caudaloso se hubiera desviado para fluir a través de mi casa, que ahora estaba bañada de un aroma a agua dulce y de la conciencia de que siempre se movía cerca de mí algo exuberante, natural y arrebatador.

Una noche a la hora de cenar, sin venir a cuento de nada, y delante de un grupo de amigos míos, se puso a elogiarme. Dijo que era un buen hombre: considerado, inteligente y amable.

Cuando nuestras miradas se encontraron me di cuenta de que lo había dicho de corazón.

Al día siguiente me dejó una nota sobre el escritorio. Aunque la timidez le impedía expresar aquel sentimien-

to de viva voz o con sus actos, decía la nota, mi amabilidad hacia ella había producido un efecto muy deseable: estaba feliz y de veras se sentía cómoda en *nuestra* casa, y deseaba, cito literalmente, «ampliar las fronteras de nuestra felicidad conjunta de esa forma íntima que todavía me resulta desconocida». Y me pedía que le hiciera de guía en este empeño, igual que la había guiado «por tantos otros aspectos de la vida adulta».

Leí la nota, bajé a cenar y me la encontré ciertamente radiante. Intercambiamos miradas de complicidad delante del servicio, encantados con aquello que habíamos conseguido construir entre nosotros a partir de unos materiales tan poco prometedores.

Aquella noche, en su cama, me aseguré de no ser nada distinto de lo que había sido hasta entonces: amable, respetuoso y deferente. No hicimos gran cosa —nos besamos, nos abrazamos—, pero imaginen si quieren la riqueza de aquella repentina indulgencia. Los dos sentimos que subía la marea de la lujuria (sí, por supuesto), pero estaba afianzada por el lento y sólido afecto que habíamos construido: un vínculo de confianza, duradero y genuino. Yo no carecía de experiencia —de joven había vivido con desenfreno; había pasado bastante tiempo (me avergüenza decirlo) en los burdeles de Marble Alley, en el Band-box y en el espantoso Wolf's Den; había estado casado una vez y había tenido un matrimonio saludable—, pero la intensidad de estos sentimientos de ahora me resultaba completamente nueva.

Acordamos de forma tácita que, la noche siguiente, seguiríamos explorando aquel «nuevo continente», y por la mañana acudí a las oficinas de mi imprenta combatiendo la fuerza gravitatoria que me impelía a quedarme en casa.

Y aquel día —ay— fue el día de la viga.

¡Sí, sí, menuda suerte!

Me cayó encima una viga del techo y me golpeó justo *aquí*, estando yo sentado a mi mesa. De modo que nuestro plan debería postergarse hasta que me recuperara. Por consejo de mi médico me quedé en mi...

Se consideró que un cajón de enfermo sería... que sería...

hans vollman

Eficaz.

roger bevins iii

Eficaz, sí. Gracias, amigo.

hans vollman

Un placer, como siempre.

roger bevins iii

Allí yacía yo, en mi cajón de enfermo, sintiéndome ridículo, en la sala de estar, la misma sala de estar que hacía tan poco (con regocijo y culpa, cogidos de la mano) habíamos cruzado mi mujer y yo de camino a su dormitorio. Luego regresó el médico y sus ayudantes llevaron mi cajón de enfermo hasta su carruaje para enfermos, y entonces comprendí que... Que habría que postergar nuestro plan indefinidamente. ¡Qué frustración! ¿Cuándo iba a conocer yo todos los placeres del lecho nupcial? ¿Cuándo iba a contemplar la desnudez de ella? ¿Cuándo se iba a girar ella hacia mí con plena certidumbre, con la boca hambrienta y las mejillas ruborizadas? ¿Cuándo iba a caer por fin su melena, descocadamente suelta, en torno a nosotros?

En fin, al parecer íbamos a tener que esperar a que terminara de recuperarme.

Qué contratiempo tan fastidioso.

hans vollman

Y, sin embargo, nada es insuperable.

roger bevins iii

Ciertamente.

Aunque confieso que en aquellos momentos yo no pensaba así. En aquellos momentos, a bordo de aquel carruaje para enfermos, todavía libre de ataduras, me di cuenta de que podía abandonar brevemente mi cajón de enfermo, salir disparado y causar pequeñas tormentas de polvo; hasta resquebrajé un jarrón, uno que había en el porche. Pero mi mujer y aquel médico, enfrascados en conversar sobre mi lesión, no lo advirtieron. No pude soportarlo. Y tuve una especie de rabieta, lo admito; hice que los perros salieran corriendo y gimoteando a base de atravesarlos y hacerles soñar con un oso. ¡Por entonces podía hacer esas cosas! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Ahora hacer que un perro sueñe con un oso me resulta tan imposible como invitar a nuestro joven y silencioso amigo aquí presente a cenar!

(Se lo ve joven, ¿no le parece, señor Bevins? Por sus contornos, por su postura, ¿no?)

En cualquier caso, aquel día regresé a mi cajón de enfermo, llorando de esa forma en que nosotros... ¿Has empezado a experimentarlo ya, jovencito? Cuando llegamos por primera vez a este recinto hospitalario, mi joven amigo, y nos apetece llorar, lo que sucede es que nos tenemos una pizca, experimentamos una sensación ligeramente tóxica en las articulaciones y nos explotan cositas

por dentro. A veces hasta puede que nos hagamos un poco de caca durante las primeras horas. Y eso fue justamente lo que hice yo aquel día en el carro: me hice un poco de caca en aquellas primeras horas, en mi cajón de enfermo, por pura rabia, ¿y cuál fue el resultado? Pues que llevo todo este tiempo con esa caca aquí conmigo, y, de hecho —y espero que esto no le resulte grosero, mi joven amigo, ni tampoco desagradable, y confío en que no perjudique nuestra amistad incipiente—, ¡esa caca sigue estando ahí, en estos momentos, en mi cajón de enfermo, aunque mucho más seca!

Dios bendito, ¿eres un niño?

Lo es, ¿verdad?

hans vollman

Creo que sí. Ahora que lo menciona usted.

Aquí viene.

Casi plenamente formado ya.

roger bevins iii

Te pido disculpas. Dios bendito. Que te encierren en un cajón de enfermo cuando todavía eres un niño... y tener que escuchar a un adulto contar que hay una caca seca en su cajón de enfermo... no es exactamente la forma, hum, ideal, de hacer tu entrada en una nueva, ejem...

Un muchachito. Nada más que un niño. Oh, cielos.

Mil perdones.

hans vollman

II

—¿Sabes? —me dijo la señora Lincoln—. Se espera del presidente que organice una serie de cenas de Estado todos los inviernos, y se trata de unas cenas muy caras. Pero si ofrezco tres grandes recepciones, se podrán quitar las cenas de Estado del programa. Y si consigo convencer al señor Lincoln para que adopte el mismo punto de vista, no tendré problemas para poner la idea en práctica.

—Creo que estás en lo cierto —dijo el presidente—. Argumentas bien tu idea. Creo que vamos a tener que decantarnos por las recepciones.

La cuestión quedó resuelta y se hicieron los preparativos para la primera recepción.

*Treinta años de esclavitud y cuatro
en la Casa Blanca (Entre bastidores),
de Elizabeth Keckley*

Los abolitionistas criticaron el fiestón en la Casa Blanca y muchos declinaron la invitación. Se dijo que Ben Wade había criticado el acontecimiento con duras palabras: «¿Acaso saben el presidente y la señora Lincoln

que hay una guerra civil en curso? En caso de que no, el señor y la señora Wade sí lo saben, y por esa razón se niegan a participar en fastos y bailes».

Despertar en Washington, 1860-1865,
de Margaret Leech

Los niños, Tad y Willie, recibían regalos todo el tiempo. Willie estaba tan encantado con un pequeño poni que le habían regalado que insistía en cabalgarlo a diario. El tiempo era inestable, y la exposición al frío resultó en un grave resfriado que degeneró en fiebre.

Keckley, óp. cit.

La noche del 5, mientras su madre se vestía para la fiesta, Willie estaba ardiendo de fiebre. Cada aliento le costaba horrores. Ella vio que tenía los pulmones congestionados y se quedó aterrada.

Veinte días, de Dorothy Meserve
Kunhardt y Philip B. Kunhardt Jr.

III

La fiesta [de los Lincoln] fue atacada con ferocidad, pero toda la gente importante asistió a ella.

Leech, óp. cit.

Había tanta gente que no se podía ver con claridad a media distancia; uno avanzaba aturdido entre un auténtico bazar de aromas, colonias, perfumes, abanicos, peluquines, sombreros, muecas y bocas abiertas que emitían exclamaciones repentinas, aunque costaba saber si eran de placer o de espanto.

*Todo esto vi. Memorias
de un tiempo terrible,
de la señora Margaret Garrett*

Cada pocos metros había jarrones de flores exóticas procedentes de los invernaderos presidenciales.

Kunhardt y Kunhardt, óp. cit.

El cuerpo diplomático formaba un grupo rutilante: lord Lyons, M. Mercier, M. Stoeckl, M. von Limburg, el señor Tassara, el conde Piper, el *chevalier* Bertinatti y compañía.

Leech, óp. cit.

El Salón Oriental estaba iluminado por lámparas de araña de muchos pisos y cubierto con unas alfombras de color verde espuma de mar.

Hacia la grandeza,
de David von Drehle

Sonaba un batiburrillo de idiomas en el Salón Azul, donde el general McDowell, conversando en un perfecto francés, despertaba la admiración de los europeos.

Leech, óp. cit.

Parecía que estuvieran representados hasta la última nación, raza, rango, edad, altura, anchura, tono de voz, peinado, postura y fragancia: un arcoíris imbuido de vida que clamaba con una multitud de acentos.

Garrett, óp. cit.

Había miembros del gabinete ministerial, senadores, congresistas, ciudadanos distinguidos y mujeres hermosas procedentes de casi todos los estados. Se veían pocos oficiales del ejército por debajo del rango de comandante de división. Habían venido los príncipes de Francia y el príncipe Felix Salm-Salm, aristócrata y oficial de caballería prusiano que servía a las órdenes del general Blenker...

Leech, óp. cit.

... el apuesto alemán, Salum-Salum; los hermanos Whitney (gemelos e indistinguibles salvo porque uno de ellos llevaba galones de capitán y el otro de teniente); el embajador Thorn-Tooley; el señor y la señora Fessenden; la novelista E. D. E. N. Southworth; George Francis

Train y su hermosa mujer (que «tenía la mitad de sus años y le doblaba en altura», de acuerdo con un comentario malicioso popular por entonces).

Garrett, óp. cit.

Casi perdido dentro de un enorme arreglo floral se encontraba un grupito de ancianos encorvados y enfrascados en una acalorada discusión, con las cabezas inclinadas hacia el centro. Eran Abernathy, Seville y Kord, ninguno de los cuales viviría un año más. Las hermanas Casten, atterradoramente altas y pálidas, se erguían lado a lado cerca de allí, como antenas de alabastro en busca de luz, intentando escuchar disimuladamente la conversación.

La ciudadela de la Unión:

Memorias e impresiones, de Jo Brunt

Ante todos ellos, a las once en punto, la señora Lincoln encabezó el desfile por el Salón Oriental cogida del brazo del presidente.

Leech, óp. cit.

Mientras desfilábamos, un hombre al que yo no conocía hizo una demostración de un baile nuevo, el «Merry-Jim». Obedeciendo a las peticiones de los congregados, repitió la demostración entre aplausos.

Garrett, óp. cit.

Hubo una gran hilaridad cuando se descubrió que un sirviente había cerrado la puerta del comedor de Estado y luego había perdido la llave. «¡Yo digo que avancemos!», exclamó alguien. «El avance al frente solamente lo obstaculiza la imbecilidad de los comandantes», apun-

tó otro, repitiendo sarcásticamente un discurso reciente pronunciado en el Congreso.

Leech, óp. cit.

Se me ocurrió entonces que aquélla era la misma comunidad humana indisciplinada que, inflamada por su embotado ingenio colectivo, estaba ahora empujando a la nación en armas hacia Dios sabía qué épico cataclismo militar: un organismo gigante que corría de un lado para otro con toda la rectitud y previsión de un cachorrillo sin adiestrar.

Carta privada de Albert Sloane,
reproducida con permiso de la
familia Sloane

La guerra tenía menos de un año. Todavía no veíamos su alcance.

*Una juventud emocionante: Una
adolescencia durante la guerra civil,*
de E. G. Frame

Cuando por fin apareció la llave y los risueños invitados entraron en manada en el comedor, la señora Lincoln tuvo motivos para enorgullecerse de la magnificencia del banquete.

Leech, óp. cit.

La sala tenía doce metros de largo y nueve de ancho, y estaba tan atiborrada de colores vivos que ya parecía llena antes de que entrara nadie.

Los Lincoln: Retrato de un matrimonio,
de Daniel Mark Epstein

Los vinos y licores caros fluían con generosidad, y la inmensa ponchera japonesa contenía cuarenta litros de ponche de champán.

Leech, óp. cit.

La señora Lincoln había contratado al respetado cocinero C. Heerdt, de Nueva York. Se rumoreaba que la cena había costado más de diez mil dólares. Tampoco se había pasado por alto ni un solo detalle; de las lámparas de araña colgaban guirnaldas de flores, las mesas de servir estaban decoradas con pétalos de rosas esparcidos sobre superficies rectangulares de espejo.

Brunt, óp. cit.

Un despliegue obsceno y excesivo en tiempos de guerra.

Sloane, óp. cit.

Elsa se había quedado sin habla y solamente pudo apretarme la mano. Daba la impresión de que así debían de haber sido los banquetes de la Antigüedad. ¡Qué generosidad! ¡Qué amables, nuestros queridos anfitriones!

*Nuestra capital en tiempos
de guerra*, de Petersen Wickett

En el comedor había una mesa alargada y cubierta de un gigantesco cristal de espejo que sostenía enormes esculturas de azúcar. Las más reconocibles eran Fort Sumter, un acorazado, un templo a la libertad, una pagoda china, una cabaña suiza...

Kunhardt y Kunhardt, óp. cit.

...réplicas en dulce de un templo rodeado por la diosa de la Libertad, pagodas chinas, cuernos de la abundancia, fuentes de las que manaba algodón de azúcar y rodeadas de estrellas...

El Washington del señor Lincoln,
de Stanley Kimmel

Había colmenas, con sus abejas a tamaño real, rellenas de pastel de natillas. A la guerra se aludía sutilmente por medio de un casco rematado con penachos ondulados de algodón de azúcar. La fragata americana *Union*, con sus cuarenta cañones y todas las velas desplegadas, era sostenida por un grupo de querubines envueltos en la bandera americana...

Leech, óp. cit.

También la efigie en azúcar de Fort Pickers se elevaba en una de las mesillas laterales, rodeada por algo más comestible que los nidos de ametralladora: un guiso de pollo deliciosamente preparado...

Kimmel, óp. cit.

Los pliegues del vestido de azúcar de la diosa Libertad descendían como cortinas sobre una pagoda china, dentro de la cual, en un estanque de algodón de azúcar, nadaban pececillos de chocolate en miniatura. Cerca, un grupo de orondos ángeles hechos de bizcocho apartaba con las manos a unas abejas suspendidas de finísimos hilos de glaseado.

Wickett, óp. cit.

Delicada y perfecta al principio, durante el curso de la velada aquella metrópoli de dulces fue sufriendo estra-

gos diversos: los invitados a la fiesta le arrancaron vecindarios enteros a manos llenas y se los guardaron en los bolsillos para compartirlos con sus seres queridos en sus casas. Avanzada la velada, y de tanto zarandear la multitud la mesa de cristal, se vio cómo varios de los edificios de dulce se venían abajo.

Garrett, óp. cit.

La cena consistió en faisán tierno, gordas perdices, filetes de venado y jamones de Virginia; los comensales se hartaron de pato de lomo blanco y pavo recién sacrificado, así como de miles de ostras abiertas y heladas una hora atrás, crudas, rebozadas con mantequilla y harina de galleta o estofadas en leche.

Epstein, óp. cit.

Estos y otros deliciosos bocados se desplegaban con tanta abundancia que el asalto conjunto del millar largo de invitados no consiguió vaciar las mesas.

Kimmel, óp. cit.

Pese a todo, la velada no le reportó placer alguno ni a la anfitriona de sonrisa mecánica ni a su marido, que no pararon ambos de subir las escaleras para ver cómo estaba Willie, y no estaba bien en absoluto.

Kunhardt y Kunhardt, óp. cit.